

Placeta del Palacio. A la derecha el antiguo Cine Chimo.



EL CINE DE CHIMO EN EL AÑO 1920

Resignadamente, convencido de la inutilidad de mis esfuerzos para evitarlo, entro en el colegio que las Teresianas tienen en la calle Santa Bárbara. Beso la mano a la Madre Concepción y, al sentarme en el banco, delante de los pupitres, Juan y Vicentín —los de la placeta del Palacio— me dicen que han puesto los *cuadricos* en el cine. La noticia rompe el aburrimiento de la clase, y todos cuchicheamos el tema a hurtadillas de la Madre, pues el cine es materia que le cae gorda, y cuando se enfada llega a vaciarnos los bolsillos, confiscándonos los cromos y pequeños trozos de película que salen en el chocolate y en los caramelos caros, con los cuales negociamos en horas de clase, en lugar de cantar las tablas de multiplicar, pintadas con grandes números en la pared, que parece que se le van a caer a uno encima de la cabeza. Claramente no acierto a comprender esta manía de la monja respecto al cine, pero en cuanto a los cromos, pienso que será por la barbaridad de los escotes de las artistas, como esa italiana que se llama Francesca Bertini, siempre colgada de los marcos de las puertas y fumando, o ese apellido que se trae la americana Lia de Putti, que francamente suena como una palabrota.

La noticia de los *cuadricos* aumenta mi pertinaz deseo de salir pronto del colegio, de modo que, a las cinco en punto, al sonar la campana, tras rápido beso a la moqueada mano de la Madre Concepción, corro con los compañeros de clase al cine Chimo, en cuya fachada hay un cartelón, en el que el valiente derriba de un puñetazo al malo. Los *cuadricos* están más bajos y protegidos de las manos por una tela metálica y, a través de ella, trato de adivinar la solución dada por el muchacho a la comprometidísima situación en que había quedado en el episodio anterior, en que, cerrado en un cuarto, todo el techo cuajado de cuchillas como hojas de pitera, bajaba poco a poco con la fuerza de una prensa de enfardar. No logro llegar a una explicación clara, pero sí averiguo que el valiente y la muchacha siguen vivos y, claro está, que necesito ir al cine en la tarde del domingo para ver cómo quedan las cosas.



Luego de comer, con el permiso paterno, un capital en el bolsillo de cuatro *perricas* y la merienda en la mano, me reúno con los amigos en el zaguán del cine. Este es un lugar ideal para jugar: las dos hornacinas (donde aún no he logrado subir), el arranque de la pina escalera que lleva al casino de los señores, los pobretes que allí se sientan

—como el tío Paco, tan simpático, que logra la limosna rumbosa de una peseta que le da uno de los Filloles— y lo nervioso que me pone el pensar que voy a ver el cine, todo ello hace que, cuando juego allí a civiles y ladrones, a indios y vaqueros, me sienta ser uno más de ellos. Me tienen prisionero los vaqueros, cuando alguien dice: *¡Que van a abrir la taquilla!* Basia este grito para, fulminantemente, restablecerse una paz momentánea, pues ya en la calle, agolpados ante la taquilla, luchamos con tesón por los puestos delanteros, pues, según dicen siempre, las primeras entradas las venden con la importante rebaja de una perra. Nunca he podido comprobar si ello es verdad, y no por falta de ganas, sino porque otros tienen más fuerza y, como lapas, se agarran a la taquilla. Tras un buen rato de espera, abre aquélla uno de los yernos de Chimo. Me llega el turno, pago mis cuatro peras y con la entrada en la mano, como un banderín, ataco la puerta del salón. Este, como siempre, se encuentra a oscuras, y tan sólo en el techo, por el lado derecho, hay una especie de patinillo alargado, por el que entra un poco de claridad, que basta a los pocos momentos para orientarme. Palpando subo a los escalones altos de la grada de la derecha, que es la que me gusta, pues cuando comienza el cine, el rayo de luz pasa casi al alcance de la mano.

Algunas personas dicen que, al ser las gradas y los bancos de madera, en caso de incendio arderíamos todos como en las hogueras de San Antón, pero seguro estoy que éstos no han visto el salitre de las paredes y el *amero* que tienen los suelos, con más humedad que la bodega del barco *Príncipe de Asturias* luego del naufragio.

Poco después, algunos impacientes se empeñan en acertar el momento en que se encenderán las luces, y a coro, pausadamente, gritan: *¡A la unaaa...! ¡A las dos...! y ¡A las tres...!* Pronto me sumo a ellos repitiendo bastante tiempo la cantinela, y lo pasamos estupendo, hasta que repentinamente se iluminan las bombillas. La alegría es general, con aplausos y pataleos en las gradas. Algunos, para aliviar la espera se ponen a liar cigarrillos de *cucos de noguera*, y Carbonell, que es un potentado, saca un paquete de *mataquintos*, que le ha costado dos perras. Estos fumadores tosen y lagrimean, pero con su tenacidad logran que los cigarrillos ardan breves momentos, despidiendo densos humos, que casi apaga el agrio olor que, a *brafás*, sube del urinario; yo, entre tanto, muerdo alternativa y proporcionalmente el pan y el chocolate de la merienda.

Realmente la mayor parte del público somos chicos del colegio y de las escuelas; a las personas mayores no les atrae esta diversión. Recuerdo haber oído decir al tío Jaime Vera: *Me gusta más el teatro; en el cine no salen más que cuatro cabezones enpalsegaus.*

Algo de razón ya tiene, pues cuando el muchacho besa a la chica, sólo se ven sus cabezas, que resultan así de gordas, y sus caras parecen pasadas por harina, como las *sardinetas* a punto de freír. Pero estoy seguro que si viesen esos señores aquellas películas tan buenísimas que pusieron el invierno pasado, como aquella que se llamaba *La moneda rota*, pero que todos le decíamos *La mano que aprieta*, porque al final de cada sesión salía una mano cerrándose, o aquellas otras tituladas *La máscara del tigre* o *La prometida del sol*, en la que el jefe de los indios, con un espejo, hacía *luneta* a los prisioneros, y aquel en que se detenía era sacrificado, todas ellas estupendas, les encantaría el cine.

Ya iluminado el local, empezamos a corear: *¡Que se empiece...! ¡Que se empiece...!* Un timbrazo, un apagón de luz, un chorro luminoso perforando la oscuridad y haciendo brotar, en la sábana del fondo, el primer letrero con que empieza la película. El valiente sigue encerrado en la trampa, y las cuchillas del techo, como las estalactitas de la cueva de la Virgen, siguen bajando; él se agacha, y a mí el corazón se me viene a la boca de puro sufrimiento, hasta que el muy machote, de una patada, rompe una de las hojas de acero y con ella corta una madera del suelo, por donde escapa. Bueno, la ovación y los vivas se oyen en la calle. Luego aparece la muchacha, que creo empieza a enamorarse del valiente, y a lo mejor termina casándose con él; ella es muy guapa, pero más inocente que una cría recién nacida, pues siempre cae en todas las trampas que le prepara la celosa; yo no sé cómo no escarmienta, y eso que nosotros bien que la avisamos de los peligros en que la meten, y es que la celosa está enamoradísima del valiente, y todo lo que tiene es pura envidia de la muchacha: así está ella de flaca; le pasa como a los *cardicos* de mala raza, que no le hace provecho lo que come, de tantos celos que tiene, que no sé cómo no le ponen en su casa una buena *palera* colgada del techo, que da un buenísimo resultado, y esto está probado, porque le llevaron una a mi amigo Pepe cuando le nació su hermano pequeño y le curó los celos en un santiamén. También podía la celosa casarse con el malo, que tan feo no es, y si no que se lo preguntan a Miruclín, el que vive en San Cvetano, que, como viene poco por el colegio, está algo flojo en la lectura y le falta tiempo para leer los letreros de la película, que aclaran muchas cosas, y cuando el primer episodio de esta que vemos ahora, se confundió y arrojó el malo, creyendo que era el valiente, y quedó tan corrido y le dijimos tantas barbaridades, que

desde entonces espera a que los demás aplaudamos para seguir él; que esto de los letreros me parece que es una trampa que se traen los padres con Chimo, para obligarnos a leer mucho y de prisa, que antes no era así, pues mi hermano mayor me tiene dicho que al principio las películas no tenían letreros y venía con el coche de Vila un tío explicador que contaba todo lo que salía en la pantalla, sin tener que leer nada, que aquello sería morirse de puro gusto; lo que ocurre es que los padres la tienen tomada con eso de la lectura, y hasta en el cine nos la meten.

Lo único que me fastidia del cine son los descansos. Dicen que es para cambiar el rollo de la película, pero hacen tantos y son tan largos, que sospecho sea un truco para poner menos película; claro que viene bien alguna pausa, para ir al común, que algunos ni eso, que hacen el "pis" por los agujeros de las gradas, que así están ellas, y no hablemos de la parte de abajo.

Tras escapar el valiente del cuarto de las cuchillas, la situación se arregló bastante, pero, en el último rollo, entre el malo y la celosa engañaron otra vez a la muchacha —pese a nuestros avisos—, la atan a un sillón y al lado le ponen un barril lleno de dinamita, con una mecha encendida. ¡Bueno, para morirse de miedo! A todo esto, el valiente galopa que te galopa, que debe de tener el culo hecho una pura llaga, tratando de llegar a tiempo de apagar la mecha, y en esta situación tan salvaje, todos nosotros animando al valiente en su carrera, termina el rollo, se encienden las luces y nos encontramos con otra semana de espera y de angustia por delante.

La Madre Concepción... ¡Es mucha Madre Concepción! Pero creo que si ella conociese la situación en que se encuentra la muchacha, levantaría la mano en clase para que pudiéramos hablar un rato de la película.

FERNANDO PALOP FILLOL
Magistrado